

Robert BARTLETT, *Why Can the Dead Do Such Great Things? Saints and Worshippers from the Martyrs to the Reformation*, Princeton, Princeton University Press, 1ª Ed. 2013, XVIII + 787 pp., ISBN: 978-0-691-15913-3

Fecha de recepción: 04/11/2015

Fecha de aprobación: 15/11/2015

Robert Bartlett es uno de los más distinguidos medievalistas de nuestros días. Es autor de *The Making of Europe* (1993) por el cual obtuvo el premio Wolfson History Prize. Ha escrito y presentado documentales sobre la Edad Media para la BBC de Londres —*Inside the medieval mind* (2009), *The Normans* (2011) y *The Plantagenets* (2014)—. Actualmente es Bishop Wardland Professor of Medieval History en la University of St. Andrews, además de ser Fellow de la British Academy.

El autor nos presenta un volumen magistral sobre el culto a los muertos y su santidad en el cristianismo y algunas otras religiones, principalmente —aunque no de manera exclusiva— en la Europa medieval complementado con referencias, índices, glosarios, una selección de ilustraciones (que incluyen 10 imágenes a color, 3 mapas, 10 tablas, 27 figuras) y una vasta y completa bibliografía

El libro se divide en dos partes, aunque no equitativamente. En la primera de ellas (que abarca cuatro capítulos) toma la forma de un estudio histórico del desarrollo del culto a los santos desde el

siglo II hasta el establecimiento de la Congregación de los Ritos en 1588. Allí explica entre otros temas que existieron tres fases en las cuales la canonización papal de los santos fue introduciéndose cada vez más en la Edad Media, a saber: antes de 993 —primer registro certificado de canonización de Ulrico de Habsburgo—, donde no hay mucha evidencia de que los papas canonizaran santos. Una segunda que va desde 993 hasta fines del siglo XII, en donde las canonizaciones —cuarenta en su totalidad— son evidentes aunque aún no hay una centralización de esa “función”. Finalmente, la última fase abarca desde principios del siglo XIII a principios del siglo XVI, allí y sobre todo a partir del pronunciamiento de Inocencio IV a mediados del siglo XIII, “sólo el papa puede canonizar santos” (p. 59), la centralización se hace evidente e incuestionable, a pesar de que a las cuarenta de la etapa anterior, se le suman otras cuarenta. De todas maneras, resulta ser pequeña, comenta el autor, ya que Juan Pablo II desde 1978 hasta su muerte en 2005, canonizó 482 santos, siendo la santificación de 103 mártires coreanos en

1983, la más grande. Por lo tanto, para hablar de “la época de la canonización” no hay que buscarla precisamente en la Edad Media” (p. 60).

En la segunda parte del libro, Bartlett abandona la estructura cronológica y adopta un enfoque más temático que abarca temas tales como el “patronato” e invocaciones, santoral, celebración de la fiestas litúrgicas, tipos y categorías de santos, reliquias y santuarios, milagros, peregrinación, imágenes, hagiografías, dudas y disidencias y algunas reflexiones finales sobre la relación entre el culto a los muertos y el culto a los dioses paganos.

Dos temas importantes destacan en esta sección. Por un lado las reliquias ocupan un lugar central, ya sea por su descubrimiento, traslado, efectos curativos o robo; “el culto a los santos comenzó con la veneración de los cuerpos de los mártires. Los cristianos de Smyrna enterraron las cenizas de su martirizado obispo Policarpo con la esperanza de que ‘aquí reunidos, en gozo y alegría tanto como sea posible y por la gracia de nuestro Señor, se nos permita celebrar el aniversario de su martirio’”. Reliquias son “restos” (Latin *reliquiae*, griego *leipsana*),

es decir, restos físicos de los mártires. Durante todo el periodo medieval, hubo santuarios que simplemente consistían en contener restos de santos (p. 239).

Por otro lado, cuando se discute sobre las hagiografías en latín y su variantes en lenguas vernáculas, el autor realiza una particular observación al señalar que las escritas en lenguas vernáculas tienen mayor llegada que las escritas en latín, pero sólo dentro de una zona geográficamente limitada, mientras que las latinas, son leídas por el por monjes y clero secular en toda Europa (p. 584).

En su último apartado, “Reflexiones”, Robert Bartlett considera que la relación entre el culto a los santos y el culto a los dioses paganos está plagada de muchas similitudes pero que no puede ser entendida como una “simple adaptación de aquellos” (p. 618).

En resumen, se trata de un verdadero estudio de referencia, vertiginosa en su estilo, amplio y detallado, una obra monumental, que considero poco probable que sea superada en un corto plazo.

Alberto Asla

Universidad Nacional de Mar del Plata